

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
MARZO 2011

POLÍTICA

PINGANILLOS PARA UNA MENTIRA

IRENE LOZANO

Como los abogados astutos, el nacionalismo tiene la habilidad de invertir la carga de la prueba. En las últimas semanas muchos nos hemos visto en la tesitura de explicar por qué *no* se deben emplear las lenguas cooficiales en el Senado, mientras los partidarios de la iniciativa se contentaban con dar por hecho que resulta benéfica por se. Lejos de aportar algún razonamiento, los nacionalistas se han limitado a desacreditar a quienes les llevan la contraria: *Business as usual*. Por su parte, los socialistas han emitido alguna balbuciente justificación, en plena digestión de un nuevo sapo, indicando que el Senado, como “cámara territorial” parece el lugar adecuado donde ver “representadas” las lenguas autonómicas españolas. Otros han coincidido con el PP en la inconveniencia de dedicar una partida a traducción en época de restricciones en el gasto. Respuestas perezosas o interesadas políticamente, el hecho es que ambas se quedan en lo coyuntural. Pero el pintoresco

espectáculo protagonizado por los senadores del pinganillo requiere una explicación no circunstancial, porque la pugna en torno a las lenguas constituye la columna vertebral del ideario nacionalista desde la Transición, y no conviene olvidar este hecho persistente.

En todo caso, y antes de ahondar en ello, también quisiera rebatir los argumentos coyunturales. Es cierto que el dinero escasea ahora, pero si lo tuviéramos a raudales, ¿estaría justificado que nuestros representantes fingieran no compartir un idioma? Y en sentido inverso, si nuestros parlamentarios no se entendieran, como ocurre en la India, ¿no deberíamos asumir un gasto imprescindible para la actividad política incluso en época de restricciones?

En cuanto al carácter territorial del Senado, admitamos que se trata más de un deseo que de una realidad. No obstante, cuando se afirma que un parlamentario de, pongamos, el País Vasco tiene derecho a hablar su lengua en el Senado, se están asumiendo dos premisas falsas. La primera: la lengua de los vascos es solo el euskera y, por tanto, usar el castellano es traicionar a la comunidad que representan. Lo cierto es que en las autonomías bilingües no solo

hay dos lenguas oficiales, sino que en muchas de esas comunidades los hablantes natos de castellano son mayoría. Si nos atenemos a los datos del estudio clásico de Miguel Siguan (*Conocimiento y uso de las lenguas distintas del castellano*, Madrid, CIS, 1994, 78 pp.), el catalán / valenciano –no entro en esa polémica– es la lengua materna del 39% de la población de Cataluña, el 32% de Valencia y el 53% de Baleares; el gallego es lengua materna del 57% de los gallegos; el euskera, del 17% de los vascos. La encuesta se llevó a cabo hace algunos años, pero los datos no habrán variado mucho dado que la gente transmite a sus hijos su propia lengua materna. Esa realidad social se niega cuando se da por supuesto que un senador gallego debe hablar gallego: las dos lenguas le son propias, por más que el discurso nacionalista insista en considerar al castellano ajeno.

La convivencia de lenguas justifica el uso de ambas en las instituciones autonómicas, pero emplearlas en las instituciones comunes equivale a aceptar una segunda premisa falsa: que son oficiales en todo el Estado. La Constitución deja claro que “el castellano es la lengua española oficial del Estado [...]. Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas”. Subrayo el lugar en el que son cooficiales, porque la aplicación extraterritorial de su oficialidad quiebra el supuesto carácter territorial de la Cámara que al mismo tiempo se invoca: esa concepción del Senado se fundamenta precisamente en la necesidad del Estado de que sus representantes allí reunidos armonicen las leyes autonómicas. ¿Qué peor ejemplo de armonía que esa negativa a emplear la lengua común a todos ellos?

Dicho esto, el uso de las lenguas autonómicas en el pleno del Senado –la puerta de algunas comisiones ya se les había abierto– implica un cambio cualitativo, pues se enmarca en un proyecto nacionalista cuya prioridad política es subrayar la

diferencia. ¿Por qué? Porque esa diferencia legítima las reivindicaciones particularistas, es decir, los privilegios, ¿o han oído alguna vez a alguien decir “nosotros somos diferentes y merecemos un trato peor”? El nacionalismo llamado periférico sufre un drama de proporciones gigantescas: necesita ser diferente para legitimar su trato preferencial, pero se encuentra inmerso en una cultura, una geografía y una historia común. Tienen el mismo color de piel y los mismos genes. ¡Qué desgracia! Comparten idéntico pasado cultural, religioso, político y, ¡qué fatalidad!, forman parte de esos valores europeos con los que hoy se identifican la mayoría de los españoles: la igualdad, la razón, la libertad individual.

Cuando oímos hablar de esas tribus de la Amazonia con las que ni siquiera se quiere entrar en contacto para no amenazar la vulnerabilidad de su sistema inmunitario a las enfermedades de la sociedad brasileña, nos damos cuenta de lo que constituye un verdadero hecho diferencial. Sin salir de Europa, en los últimos años la inmigración ha puesto de relieve diferencias realmente sustantivas: las relacionadas con valores fruto de una educación, una religión o una cultura diferente. En los guetos musulmanes europeos viven familias cuyos miembros consideran deshonoroso que una hija se case con un no musulmán y, sin embargo, juzgan honorable que su hermano dé muerte a esa mujer libre. Esto sí representa una diferencia relevante, pues se trata de códigos de valores antagónicos a los nuestros, que confirman la existencia de una forma de ver el mundo completamente distinta. Al nacionalismo le gustaría quizá hallar hechos diferenciales de este calibre pero, desde cualquier punto de vista, comparten casi todo con el resto de España. Como decía Serrat, no es más triste la verdad, lo que no tiene es remedio.

Cuando el nacionalismo sale a buscar sus particularidades solo

encuentra la lengua, por eso lograr la hegemonía de las lenguas propias constituye el eje de sus embestidas discursivas. ¿Qué se puede hacer con un hecho diferencial tan nimio, más aún tratándose de lenguas románicas todas ellas, salvo el vasco, más inteligibles entre sí que algunos dialectos del chino? La única solución es magnificarlo, por eso el nacionalismo atribuye a las lenguas toda la carga de la identidad. Se las sacraliza de hecho y también de derecho. La Ley de Normalización del euskera caracteriza esa lengua como “el signo más visible y objetivo de identidad de nuestra comunidad y un instrumento de integración plena del individuo en ella”. Grave problema el que esto plantea a tres cuartas partes de la población vasca, que no consiguen integrarse. La ley gallega, por su parte, considera la lengua “el núcleo vital de la identidad gallega”, y así podríamos seguir estatuto por estatuto y ley por ley, pues en todas ellas se ha otorgado a la lengua autonómica el título de “propia”, para dejar al castellano como lengua ajena, aunque “oficial”. Para lo particular, la adhesión emocional; para lo común, el frío marchamo burocrático. Se juzga impropia la lengua materna de más de la mitad de la población en Cataluña, el País Vasco o Valencia, y de una amplísima minoría en Baleares y Galicia.

Renegar del castellano –en muchos casos aprendido de los labios de su madre– es la contribución de los senadores a esa entelequia de la “lengua propia”, ergo de la identidad. Los pinganillos refuerzan la fantasía del nacionalismo: que el castellano es ajeno allí donde ellos mandan. Y recrean su paisaje soñado: un país que carece de lengua común al tiempo que la erosiona. Ese artificioso Senado multilingüe choca con su carácter de cámara territorial y con las restricciones presupuestarias, sí, pero lo peor de esa estampa babélica es el concepto. Es, sencillamente, mentira. —

MUNDO ÁRABE

EL ISLAM Y LA LIBERTAD

✎ ANTONIO ELORZA

La escena parecía proceder de un *remake* barato de la serie protagonizada por Indiana Jones. Un jinete montado sobre un camello enloquecido distribuía latigazos, abriéndose paso entre la multitud apiñada en la plaza cairota de Tahrir (Liberación). Le seguían unos cuantos hombres a caballo, apaleando a diestro y siniestro. Uno de ellos cayó de su montura y fue molido a golpes por la multitud. Era el componente folclórico de algo mucho más grave: el contraataque brutal de las fuerzas progubernamentales contra las masas que en el centro neurálgico de la capital egipcia pedían la dimisión de Mubarak, y de paso también contra los periodistas extranjeros. Pero una vez cerrado el episodio de las agresiones, los manifestantes ocupaban con más fuerza que nunca la plaza de Tahrir. El balance de trescientos muertos y miles de heridos recordaba que era preciso buscar una salida y Obama tuvo que pisar el acelerador exigiendo un tránsito efectivo a la democracia. La dimisión de Mubarak, forzada por el Ejército, marcó el éxito de la presión de un pueblo harto de dictadura, sin que eso reste mérito a la inequívoca actitud de Obama.

Después del breve prólogo registrado en Túnez, el desarrollo de la crisis egipcia pone al descubierto dos hechos enfrentados entre sí. El primero, la profundidad del malestar imperante en las sociedades árabes del arco mediterráneo, con una población muy joven privada de expectativas para alcanzar una vida digna, que además contempla regímenes políticos represivos y corruptos. Es una situación compartida por Marruecos, Argelia, Túnez, Libia (en menor medida por el maná del petróleo), Egipto, Siria y Jordania. La disponibilidad para la revuelta es, consecuentemente, muy alta; el protagonismo de la juventud, del todo lógico. El segundo, la ausencia

o la extrema debilidad de élites que pudieran orientar la revuelta –recordemos aquí la distinción propuesta por Octavio Paz entre revuelta, rebelión y revolución– hacia un proceso de cambio en paz y orden, esto es, hacia una revolución democrática. Tampoco esta es la finalidad que persiguen ocho de cada diez jóvenes implicados en la revuelta.

¿UN ISLAMISMO SUBALTERNO?

El factor adicional de la presencia de organizaciones islamistas, todas ellas trazadas sobre el patrón de los Hermanos Musulmanes egipcios, pero con desigual implantación, aumenta la ambivalencia. Pueden contribuir decisivamente a la presión sobre una junta militar tentada por el continuismo, pero, si bien necesitan la democracia para traducir su hegemonía social en poder político, carecen de una estrategia y de un soporte doctrinal en este sentido, a diferencia del chiismo iraní, y por supuesto su programa de implantación del monopolio de poder islámico sustentado en la sharía, por mucho que sea citado el ejemplo turco, suscita desconfianza. Las declaraciones de su líder, Muhammad Badi, designado hace un año, contienen una descalificación radical de los Estados Unidos y el anuncio de una victoria musulmana definitiva, lograda mediante la práctica unitaria de la yihad por la *umma* de todos los creyentes, dispuesta a recuperar su antigua gloria frente al “sionismo global”. La revocación de los acuerdos de Camp David, “pacto de capitulación”, se convierte en meta prioritaria, mientras hacia el interior del mundo musulmán es reiterada la profesión de fe del fundador Hassan al-Banna en que “el Corán es nuestra Constitución”. Según textos anteriores, de 2007, la democracia serviría de instrumento para hacer efectivo ese postulado, a partir de “una mayoría parlamentaria obtenida en elecciones libres”. Al modo iraní, un Consejo Supremo de Ulemas asesoraría al poder ejecutivo, garantizando el cumplimiento de la ley coránica.



Foto: © AP

+¿Entusiasmo prematuro en la plaza Tahrir?

Sobre el fondo mismo de las movilizaciones, el mensaje actual de los *ikhwan* (Hermanos Musulmanes) es mucho más tranquilizador. Supieron esconder perfectamente su intervención, enviando a los suyos a la plaza, dirigentes incluidos, frenando todo desliz de grupos como el Wafd a pactar con el gobierno y organizando asistencia médica: casi todos los comentaristas hablan de su no intervención, documentada en cambio por la cadena *Arte* el día 12. Eso sí, declaran rechazar el enfrentamiento con Occidente, defienden la democracia pluralista, cuyos valores dicen haber asumido, y se opondrán a todo intento de autocracia. Proclaman el establecimiento de la sharía como objetivo, si bien subordinándolo al consenso de la sociedad egipcia. “Los defensores de la democracia no deben temernos”, resumen. Algunos especialistas, como Olivier Roy, piensan incluso que lo ocurrido prueba el declive del islam político: la revolución egipcia sería postislamista (*Le Monde*, 12-02-2011). El contraste con las tomas de posición efectuadas solo hace unos meses resulta evidente. No obstante, es impensable que no actua-

sen contra su enemigo Mubarak y que ahora no intenten hacer valer su infiltración hegemónica en los más diversos sectores de la sociedad. Y nunca hay que olvidar el peso de la penuria económica, que no va a aliviarse de inmediato, a favor de su propósito de alentar la presión popular contra el statu quo.

El panorama es, pues, algo más complejo del que han descrito comentaristas llevados del entusiasmo. A juicio de tales exégetas, desde el momento mismo de su iniciación, las revueltas habrían tenido por meta la democracia, poniendo en marcha una dinámica imparable de demolición de las dictaduras sostenidas por Occidente. Los “hermanos árabes” se convertían en sujeto histórico encargado de probar que solo desde la estupidez eurocéntrica podía ser cuestionada la plena compatibilidad entre islamismo y democracia. En cuanto a los regímenes de Túnez y Egipto, de nuevo faraónicos en el sentido del Corán, eran el Mal absoluto.

Para empezar, toda revuelta antidictatorial tiene siempre una proyección democrática, y el caso de Túnez viene a probar que la interpretación

optimista es plausible. Ahora bien, no siempre sucede así. En Irán, en 1979, a pesar de la intensa participación de los demócratas, la movilización popular contra el sha desembocó en la imposición de sus componentes teocráticos. De la tríada de eslóganes *istiqlal* (independencia), *azadí* (libertad), *yumuriye islami* (república islámica), quedó únicamente el tercero. Las formas democráticas pueden entonces sobrevivir, solo que siempre encerradas dentro de la camisa de fuerza de la teocracia, y, si se convierten temporalmente en palanca para el cambio, la respuesta represiva no cesará hasta su aplastamiento. El episodio de la *revolución verde* iraní, después del espejismo de la presidencia reformista de Jatami, vino a probarlo de manera dramática. En vísperas de que el ayatolá tomara el poder, el embajador norteamericano en Teherán creía que Jomeini era algo parecido a Gandhi. No le había leído, y quienes hoy extienden un cheque en blanco a la vocación democrática de los Hermanos Musulmanes egipcios, sin duda tampoco les han leído, lo cual no debe hacer olvidar la contrapartida de la prolongada experiencia de pragmatismo y sus recientes declaraciones. En la coyuntura actual, disfrutaban de una posición cómoda, ya que la acción de masas anti Mubarak tuvo lugar de manera autónoma, sin que hiciera falta su intervención abierta; además, las consignas populares carecían de definición ideológica y se limitaban a exigir la expulsión del *rais*.

En suma, los *ikhwan* son una pieza clave de la transición post Mubarak, por el simple hecho de constituir la única organización suficientemente implantada en la sociedad civil y con planteamientos que asumen actitudes muy populares, tales como la beligerancia contra Israel. Deben estar presentes en todo gobierno de transición (su ausencia lo pondría todo en peligro), pero eso no significa que una fuerte influencia islamista proporcione una expectativa de libertad social y política, una garantía de igualdad como ciudadanos a los ocho millones de coptos y seguridad en

un área próxima a convertirse en un polvorín. Su ideario antes citado y su actuación cada vez que en el pasado se enfrentaron la sharía y la libertad individual—casos aislados de ateísmo o apostasía— nos muestran que estamos lejos del patrón de las democracias cristianas europeas.

EXPLOSIONES POR SIMPATÍA

Resulta asimismo más que dudoso que el justificado descontento de los “hermanos árabes” consiga poner en marcha una revolución democrática árabe por el procedimiento de la caída de piezas de dominó. No hay que ignorar la importancia de la ejemplaridad, puesta de relieve muy pronto cuando el cambio en Túnez determinó las movilizaciones de Egipto. Solo que en ambas ocasiones se trataba de regímenes autoritarios, esto es, regímenes donde el poder del dictador no respondía a pautas totalitarias o de neosultanismo (Gadafi), y en los que existía un cierto pluralismo tanto en el subsistema del partido de gobierno como de forma subalterna en la sociedad civil, con una orientación laica, carente del respaldo islámico que da cohesión a otras dictaduras en países musulmanes, sentido pragmático en la acción de gobierno—ajuste a los intereses occidentales incluido—, y con límites bastante definidos para la habitual actuación represiva. En una palabra, existía un espacio para que la entrada en juego de un fuerte detonador activase la carga, en términos químicos por simpatía, como posiblemente sucede en Jordania y puede suceder en Argelia. Más difíciles serán las cosas en Libia, Sudán, incluso en Marruecos o Siria, y por supuesto en Arabia Saudí y en los emiratos. El sentido de las movilizaciones en Yemen y Bahréin es una incógnita. Las libertades democráticas no son para mañana en el mundo árabe en su conjunto.

Si a esto sumamos la carga de creciente oposición a Israel que el cambio puede producir en un país clave como Egipto, ya muy trabajado por una propaganda antisemita, con la cooperación ciega de un gobierno,

el de Netanyahu, empeñado en proseguir su huida hacia delante, el optimismo debe ceder su lugar a una lógica preocupación. No por ello Estados Unidos y la Unión Europea deben vacilar en un apoyo a los movimientos antidictatoriales que compense la complicidad pasada, cuando incluso en el ejercicio del turismo de gobernantes daban por buena la corrupción de sus aliados y se aprovechaban de ella. Esto es una cosa y otra cerrar los ojos ante la posibilidad de una repetición en Egipto del patrón teocrático iraní, versión suní, imperio de la sharía mediante, más el consiguiente vuelco en la escena geopolítica de Oriente Próximo, cargado de riesgos. ¿Qué hará y qué consenso logrará la junta militar egipcia? La difícil construcción de la democracia es el único camino practicable y el tandem Obama-Clinton parece comprometido a fondo con ese objetivo. El éxito dista de estar asegurado. —

CRÓNICA

MAR DE MOTOS EN SAIGÓN

✎ PEDRO SORELA

Cuando llegué a Hanói recorrí durante un buen rato las habitaciones libres de mi pequeño hotel “boutique” que había contratado por internet—esto es, un hotel de bolsillo, al margen de las agencias de turismo y sin la obligatoria CNN en la televisión del desayuno—, en busca de aquella que me ofreciera un nivel de ruido aceptable. El patrón del hotel me seguía con sumisión oriental y una sonrisa un tanto ambigua, sin querer decirme—de todas formas yo terminaría por descubrirlo, es algo insorteable— que no existe en Hanói tal cosa como *un nivel de ruido aceptable*. No en el centro, al menos, donde en un metro cuadrado pueden pasar casi tantas cosas al tiempo como en Nueva Delhi, que ya es decir. Y el centro es la parte interesante de Hanói. O sea que lo mejor

es acostumbrarse a los tapones de cera en los oídos, aunque es mejor traerlos puestos pues en Hanói, la ciudad que después de la guerra hacía hablar a algún cronista de un “silencio casi sobrenatural” en sus calles ocupadas por los ciclistas,¹ todavía no han considerado oportuno importarlos, o fabricarlos.² A lo mejor esperan que el nivel de ruido sea *realmente* inaceptable. A fin de cuentas apenas ahora se comienzan a despedir de los miles de años de una civilización agrícola en la que, por ejemplo, el rey enviaba a las concubinas rebeldes a tejer seda blanca a un monasterio retirado frente a un pequeño lago que no es difícil imaginar silencioso y casto. Hoy, en medio de la ciudad, el monasterio está cercado por colegios que a su vez bordean el lago, cerrado al tráfico pesado –por lo visto se prefiere el riesgo del agua al de los coches–, y al atardecer, en estruendo, el idioma más universal que existe: niños jugando.

Treinta y cinco años después de la guerra entre el norte de Vietnam y un sur aliado con Estados Unidos, la impresión dominante, en especial en el norte, es que la guerra no ha terminado del todo. Y no solo porque norte y sur sigan siendo regiones muy distintas, lo que se nota desde el urbanismo hasta el clima. Ni tampoco porque en museos, calles, librerías y demás se sigan presenciando arcaicos ejemplos de una suerte de religión que se creía en decadencia, al menos en política: el *culto a la personalidad*. En este caso, Ho Chi Minh, el líder que ganó la guerra de independencia de la entonces Indochina contra Francia, y luego inspiró la guerra contra Estados Unidos. Esa santificación laica a caballo de la religión y la publicidad recuerda los viejos tiempos de la Unión Soviética y el Telón de Acero, aunque sin llegar a excesos como la Rumanía de Ceaușescu o la actual Corea del Norte, con la única dinastía hereditaria comunista en el mundo, a falta

de confirmar la cubana. Allí se han registrado niveles que ni Orwell pudo imaginar en las peores fiebres de la tuberculosis. Por otra parte, el *culto a la personalidad* ¿es patrimonio comunista? En la vecina Tailandia el culto es quizá mayor hacia el rey Bhumibol Adulyadej, cuyas imágenes tamaño *top model* ocupando grandes espacios en Bangkok parecen hacer las veces de un moderno Gulliver vigilando a los pobladores enanitos que se agitan contra la contaminación y los rascacielos en una de las varias ciudades que en el mundo superan los veinte millones de personas.

En Hanói y sobre todo en Ciudad Ho Chi Minh (Saigón) se pueden apreciar ya los signos inequívocos de la nueva Asia: rascacielos para impresionar, afición al lujo que se concreta en tiendas con precios de escándalo destinados a los nuevos millonarios locales pues para los visitantes no son competitivos, y modos inequívocamente capitalistas en el comercio. Todo ello acompañado siempre por la suave amabilidad que preside el trato en todo el continente... y que no son *buenos modales* sino viejísimas tradiciones y creencias: el asiático cree a menudo que el occidental tiene modales de patán.

Hasta que se llega al dinero. La sorpresa, ahí, es encontrarse no solo con una dureza en la posición comercial por completo inhabitual en los países vecinos... sino también una voluntad de engaño que sobrepasa lo habitual en el trato de los nativos con los forasteros. El viajero cree haberlo visto todo, o al menos mucho, pero en Vietnam ha de reconocer que apenas ha visto nada. Cuando levanta la mano para detener un taxi y exige con veteranía que el coste sea por taxímetro, debiera desconfiar de la presteza con la que accede el conductor: pues el taxímetro está trucado de manera que una carrera puede salir más cara que en París. Entonces detiene un *tuc tuc* (pintorescos taxis-moto), y si el conductor accede a un precio razonable es porque va a detenerse en una o varias tiendas donde le pagarán comisión... siempre que el turista compre algo. Se sube entonces a un *tuc tuc* de bicicleta y disfruta la belleza de las viejas casas de Hanói, que ahora se puede apostar a que son casi siempre dependencias del Estado. Y cuando, con complejo de occidental neocolonialista, acepta que el conductor le deposite “a la vuelta de la esquina” de su destino... descubre que su destino está a dos kilómetros. Y así no una



+Vietnam: sobrepoblación y ruido.

¹ Justin Wintle, *Romancing Vietnam, inside the boat country*.

² Una solución de urgencia: pelotitas de kleenex humedecidas con agua.

ni dos veces: el agradable chico de la franquicia que vende yogures helados afirma impávido y en correcto inglés (muchos vietnamitas y casi todos los jóvenes hablan inglés, ya casi nunca francés) que los precios escritos en la pared “se han quedado viejos”, y en un restaurante de exquisiteces, con buen cuarteto de jazz, uno se encuentra con que a alguien se le ha caído, en la cuenta, el plato más caro de la carta. (Una carta ya no regalada, como hasta hace poco: los precios se han hasta duplicado en un año.) Hay muchos más ejemplos, casi que uno por transacción.

¿Y por qué esa falta de reglas habría de ser un rastro de la guerra? Bueno, en las crónicas de aquella es fácil encontrar quejas de los corresponsales por lo peligroso que resultaba andar... ¡por las calles de Saigón! A causa de los ladrones. Pero sobre todo porque esa dureza lo que refleja es una ausencia de código detrás, o si se prefiere, la presencia de un código, todavía, de dureza: ¿un código de guerra? Sobre todo con el antiguo colonizador, o que se le parece. Si un hombre aparcado decide apretar el acelerador de su camioneta y vaciar una densa nube de porquería negra sobre una pareja de occidentales que justo en ese momento pasan por detrás, ¿es casualidad? Cuanto más lo recuerdo, menos me lo parece. No parecía muy sorprendido el impávido conductor cuando le llamé la atención. Era la hora de la salida de los colegios y no creo que lo hubiese hecho sobre dos de los muchos escolares que andaban por ahí.

Y no se diría que a ninguna autoridad le importe. Algo que se corrobora en varias de las muy pocas librerías existentes, donde lo que preside, lo mismo que en los muchos museos históricos o de *construcción de la patria*, es la figura de Ho Chi Minh y, además de traducciones inocentes de clásicos juveniles o libros de cocina, manuales de adoc-trinamiento de un comunismo ya de otra época incluso en China. Hace seis meses en China se podían ver

no pocos libros, y no forzosamente descalificatorios, sobre Chiang Kai-shek, el adversario de Mao que tras perder la guerra civil se hizo fuerte en Taiwán. Algo equivalente sería de momento inimaginable en Vietnam (enemigo histórico de China, que ocupó el país durante siglos). Una rigidez que convive por lo demás con la presencia de una notable cantidad de magníficas pagodas vivas, esencialmente budistas, sobre todo en Saigón, mucho más difíciles de encontrar en China.

Pero sería un error considerar que son abundantes o evidentes los rastros de la guerra en el moderno Vietnam, un país, está claro, *bacia adelante*. Y sobre todo por las dulzuras de su cocina que —además de la inolvidable bahía de Ha Long, un sueño surrealista en invierno, con el mar en calma, y en general ese país verde y alargado que apenas ha cambiado desde la guerra— posiblemente constituya en el futuro su industria de exportación. ¿Por qué no? Lo sorprendente es que restaurantes vietnamitas no estén colonizando ya el mundo entero, cuánto más que su gastronomía es a base de elementos muy sencillos. El secreto está quizá en la originalidad y sabiduría de su cocción, y en las salsas. Basta visitar los abarrotados restaurantes de todo el país para intuir ese futuro... aunque los restaurantes llenos, o en la calle, atraviesan el continente. Más allá de la inacabable variedad china, o de las delicadezas japonesas, la cocina vietnamita es otra cosa. Y qué cosa. Necesitaría otra crónica solo para la introducción.

Decía que el país apenas ha cambiado desde la guerra pero era un recurso retórico, y poco aplicable a las ciudades. La tarde del último 31 de diciembre nos estuvimos preguntando a qué fiesta gigantesca se dirigirían las columnas de motos a las que parecían haberse subido todos los habitantes de Saigón, y a menudo toda una familia de cuatro miembros por moto. Compadecíamos a los empleados de los aparcamientos, y a los porteros que se encontraron en

el macro recinto de aquella celebración. Hasta que a medianoche, asomados a la terraza de nuestro hotel, a cien pasos de distancia del Hotel Continental donde se desarrolla *El americano impasible*, de Graham Greene (hoy convertido en un hotel casi temático para turistas ricos, lo mismo que toda la memorable rue Catinat, hoy Dong Khoi), comprendimos que *esa* era la macro discoteca: la calle. Y que la celebración era *con* la moto. Estar subido a ella, dándole a la muñeca para producir ruido y contaminación, era la forma de celebrar. Un gigantesco atasco deliberado y feliz, que parecía la plasmación del peor caso en un congreso de jefes de tráfico de todo el mundo. Los saigoneses se habían arrojado al centro para celebrar en la calle, mientras en las terrazas de los hoteles los turistas saludaban la llegada del nuevo año con la habitual y exasperada falta de imaginación de todo el mundo, en todas partes.

Y sin embargo, a las dos de la mañana del nuevo año el atasco se había deshecho como con disolvente y el ruido de la noche en Saigón era tan aceptable como cualquier otra madrugada. A fin de cuentas, a las nueve de la mañana muchísimos saigoneses estarían en sus trabajos, en un primero de año apenas distinto de cualquier día laboral.

Lo que no deja de intrigar es: si esa era la celebración para recibir el año 2011 en un país con ochenta millones de personas, ¿cómo será el atasco en el año 2050, cuando está previsto que lo habiten 150 millones? —

HUNGRÍA

DEMOCRACIA O COMO GUSTÉIS

✎ PÉTER ZILAHY

Sucedió algo maravilloso. Hace unas semanas, en el día de Reyes, Hungría recibió la presidencia de la Unión Europea. Humilde ciudadano de la Unión, soy húngaro también y esto me pareció razón suficiente para



+Viktor Orbán, presidente (rotatorio) de Europa.

Foto: ©European Commission

esas mentiras. Aprendimos a leer entre líneas. Si el conductor decía que nada había sucedido allá, podías estar seguro que sí había sucedido. La agencia rusa de noticias niega tal o cual cosa... “entonces es cierto”, susurraba mi padre frente a la televisión.

Circulaban también libros prohibidos, la gente escuchaba estaciones de radio clandestinas. La fruta prohibida es siempre más dulce. Si algo era decretado ilegal, se hacía inmediatamente atractivo para la gente. Cuando, hace unos años, sugerí que la mejor manera de popularizar a la Unión Europea en Hungría era prohibiéndola, la gente se rió. Pero hablaba en serio. Ser censurado en Hungría te otorga publicidad gratuita, aun después de la caída del telón de acero.

Estas prohibiciones con frecuencia tienen el efecto contrario al buscado. Una de las primeras acciones del comité especial de Fidesz fue sancionar a una popular estación de radio independiente por programar dos canciones del rapero Ice-T. De acuerdo con la declaración oficial, las canciones “podían influir negativamente en el desarrollo físico y moral de los menores de 16 años, especialmente al sugerir temas agresivos y sexuales”. Si yo tuviera menos de 16 años ahora, iría de inmediato a buscar esas canciones: lo prohibido es *cool*.

Los húngaros tienden a sentirse aislados y excepcionales, y buscan soluciones nuevas en lugar de seguir lo ya probado. Ocho años de gobierno de izquierda con errores garrafales y varias crisis económicas dejaron al país en la ruina. Por eso arrasó la centro-derecha: se llevó dos tercios de los votos, y por primera vez en la historia la ultraderecha tiene un lugar en el parlamento. Con la izquierda perdida, la derecha se halló sin opositores: así, la democracia se vuelve algo aburridísimo. Permítanme exponer la singular realidad política en Hungría. La derecha está compuesta de individuos muy sensibles que no pueden trabajar en un ambiente hos-

pedir champaña, bailar y dar saltos de emoción. El primer ministro húngaro Viktor Orbán recibió la estrellada bandera de Europa de manos de su colega belga, esbozó en un discurso conmovedor planes de gran magnitud, culminando con la necesidad de salvar a la civilización occidental. El eslogan de la presidencia lo dice todo: Una Europa fuerte. ¿Debo llorar de alegría o solo reír?

Conocí a Viktor Orbán en los ochenta, cuando marchábamos por la libertad de expresión a un lado del Danubio. Lo conocía de vista antes de saber su nombre. Era un joven valiente y fúrico; pronto se convirtió en el carismático líder de Fidesz, el partido de los jóvenes demócratas liberales. Más tarde el partido devino nacionalista conservador, pero siguió en el poder. Y ahora, él es el presidente rotativo de Europa, lo que sea que signifique eso. Un triunfo más para el señor Orbán.

¿Por qué entonces a una semana de su inauguración, en un evento organizado vía Facebook, diez mil personas protestaron frente al Parlamento? ¿Por qué ministros y políticos europeos atacan la recién aprobada ley de medios húngara? ¿Por qué ha habido una cifra récord de artículos desaprobando al señor

Orbán y a su partido? ¿Se le ha nublado el juicio? Solo me lo explico como parte de un plan mayor, como un truco de mercadotecnia política genial. Sin duda no había mejor manera de recibir atención, de crear suspenso y de movilizar a los apolíticos.

Ha sucedido algo maravilloso. Fidesz ha dado a la juventud húngara una oportunidad única para probar cuánto les importa la democracia. Quienes salen a la calle hoy crecieron dando por sentados sus derechos. Sus padres seguramente han olvidado la vida en los ochenta. El Estado de bienestar con el que soñamos nunca llegó y muchos perdieron el interés en la política. Ahora Fidesz reanima todo eso. El gobierno de Orbán dio una señal clara cuando dijo que están dispuestos a modificar la ley en disputa si hubiera una necesidad política o legal de hacerlo. ¿Qué es eso sino un guiño que nos invita a todos al juego político?

Cuando era niño mis padres veían a diario el noticiero de la noche. Era un momento sagrado; nadie jugaba durante la transmisión. Todos veían lo mismo porque había solo un canal. Todos sabían que en el noticiero mentían, pero sabían también que su vida dependía de

til. Necesitan el amor y los mimos de la prensa, de otro modo cometen errores al calcular el presupuesto, accidentalmente imponen nuevos impuestos o por descuido desaparecen ciertos derechos constitucionales. Pero como dice la sabiduría popular, no se puede apresurar al amor. El idilio estaba condenado. Por eso decidieron instaurar un comité para que estableciera qué entra y qué no entra en el discurso público, incluyendo lo escrito en blogs y a través de Facebook. Un dato más: los cinco miembros del comité son también miembros del partido en el poder.

Quien vea paralelos con Rusia o los Balcanes, no está viendo que esto es en esencia un asunto centroeuropeo. No temo que se trate de una carrera hacia la creación de un gulag mental. Este no es un gobierno que busque instaurar un régimen totalitario. Es más bien un muy húngaro problema de autocontrol. No hay mucha diferencia entre un húngaro

promedio y el gobierno de Orbán. Ambos creen que pueden hacer todo mejor que los demás. Y sin embargo este gobierno no me va a decir a mí qué escribir y qué no escribir.

Si hay paralelos que hallar, es más útil comparar la situación con los años sesenta en Estados Unidos, donde te multaban por incluir groserías en el discurso público. Algunas de las sanciones posibles para la prensa húngara llegan al millón de euros. No es el regreso de los días comunistas sino la instauración de un muy capitalista sistema de multas.

Como gustéis es una obra de William Shakespeare escrita para celebrar el final de la temporada navideña. Es una comedia de enredos cuyos personajes principales naufragan en las costas de Iliria, en el Adriático. Es el territorio del viejo imperio austrohúngaro y del autoritario regente Horthy, que gobernó entre guerras. Es también, irónicamente, la zona donde nació János

Kádár, el dictador comunista húngaro. Muchos críticos de Orbán temen el regreso del lenguaje y los gestos de esa otra época; una época cuyos disfraces estuvieron presentes en la ceremonia en el Parlamento Europeo. Al final *Como gustéis* aclara todos los malentendidos —algo que debe suceder en Hungría. No podemos creer que Orbán, el actual presidente de Europa, destruya aquello por lo que ha luchado desde hace veinte años como campeón de la resistencia. Sería un acto shakespeariano: trágico y farsesco. Esperemos que este desafío fortalezca la democracia húngara, y que Orbán pase a la historia como quien ayudó a la prosperidad del país y no como uno más en esa línea de perdedores increíbles que, desde la Primera Guerra Mundial, han gobernado este pequeño y asolado país. —

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE PABLO DUARTE

**Jueves
14 de abril
de 9:30 a 23:00**


**FIESTA
DEL LIBRO
Y LA ROSA
2011 UNAM**

**Centro Cultural
Universitario, CU**
www.cultura.unam.mx/fiesta2011

 